

CARTAS CASERAS

VI

**Por el golfo de Finlandia.—Prácticas marineras y desnudismo a bordo.
El muelle, la aduana y el bazar de Inturist en Leningrado.**

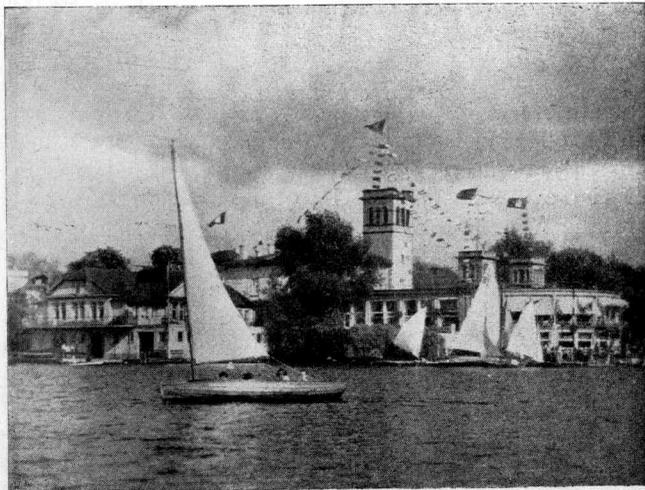
Ya llevamos más de una hora andando sobre cubierta, cuando a las siete y media se nos acerca un policía pidiéndonos la declaración de la moneda que llevamos. Según nos da a entender, en Rusia no se pueden entrar ni sacar rublos; no se permite exportar más moneda extranjera de la que se haya importado, lo cual justificaremos en la frontera polaca, exhibiendo allí, junto con la moneda que entonces conservemos, el resguardo que ahora nos da este señor. Después de desayunar, oteamos el horizonte con potentes gemelos de mar. Estamos al término del golfo de Finlandia.



San Pablo. Puestos de amarre

El capitán nos explica porque vamos ahora más despacio que nunca, apesar de sus 22 faros, de los cuales hay doce en la costa y diez en los islotes que surgen en medio del mar. La ruta es muy accidentada en toda su longitud que es de más de 100 kilómetros y cuyas aguas desde Smarsvari hasta Leningrado, por su escasez de sal, se hielan fácilmente. Y es que en ellas desembocan las de una porción de ríos de Estonia, Finlandia y Rusia, entre ellos el Neva que luego veremos en la capital del imperio de los zares ahora relegada a segundo término. Aparte el número considerable de islas hay multitud de escollos y bancos de arena que hacen la navegación sumamente difícil por lo peligrosa. Otra vez nos quedamos apoyados en la baranda de estribor, contemplando el paisaje accidentado del golfo, sus islas y sus costas. La tripulación anda por popa ejercitándose en la extinción de incendios simulados, con salvavidas y caretas. Los pasajeros haciendo gimnasia en desnudismo. Vi una rusa que, después de sus exhibiciones, desapareció para volver al momento, con menos ropa todavía, y una máquina de escribir que tecleó con gran ligereza, libre de las trabas del vestido.....

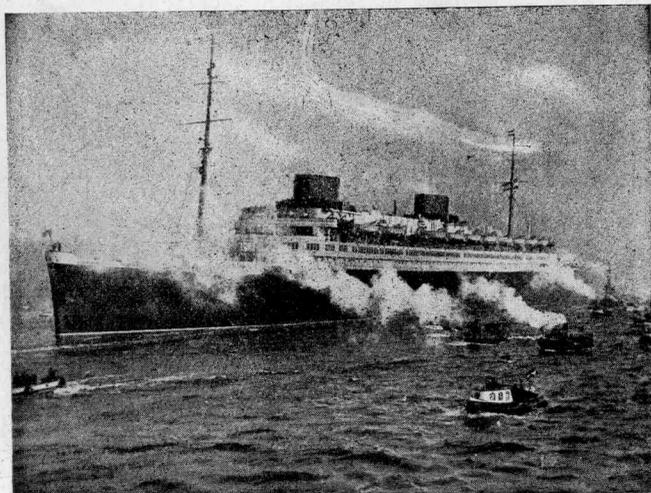
El barco avanza lentamente hacia la bahía de Kronstadt. Con los gemelos se alcanza Kitlin la isla donde está la fortaleza más importante de la costa, el mayor puerto de guerra del Imperio y la mayor estación de la armada del Báltico, cuya línea de fortificación mide 24 kilómetros entre ambas orillas. Aquí vino huyendo el Zar, Nicolás después de las sangrientas jornadas revolucionarias y aquí fué apresado y desde aquí conducido a Moscou, Tobols y Ekaterinburgo, donde después de horribles y prolongados sufrimientos fué



La casa en pasajes de Uhlenhorster

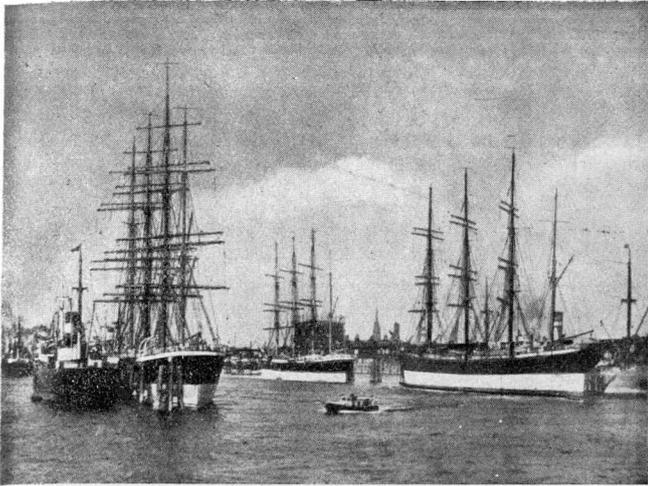
asesinado en la compañía de todos los suyos y en la obscuridad más absoluta sólo cortada por los fogonazos del tiroteo infernal. ¡Kroustadt, que como Port Arthur os suponíamos inasequibles porque en el año 1853, la escuadra anglofrancesa no osó atacarle, ¿quién sabe si otra escuadra te hará suya como suya hizo aquella en tiempos recientes todavía, que nosotros hemos vivido, de Kouropalkine!

Con gran parsimonia vamos entrando en el puerto, que más parece un grupo de bocoyes filipinos. Madera, mucha madera. No hay otro material de construcción. El barco atracará por la vanda de estribor y a ella vamos para saltar cuanto antes a tierra, pues ya estamos cansados de navegación. Casetas, garitas, muelles, tinglados, todo de madera. La impresión es de abandono, suciedad y pobreza. Los soldados del ejército rojo con uniforme caqui verdoso, envejecido, cinturones y botas altas, desbaídos y flácidos, nos hacen pensar que no



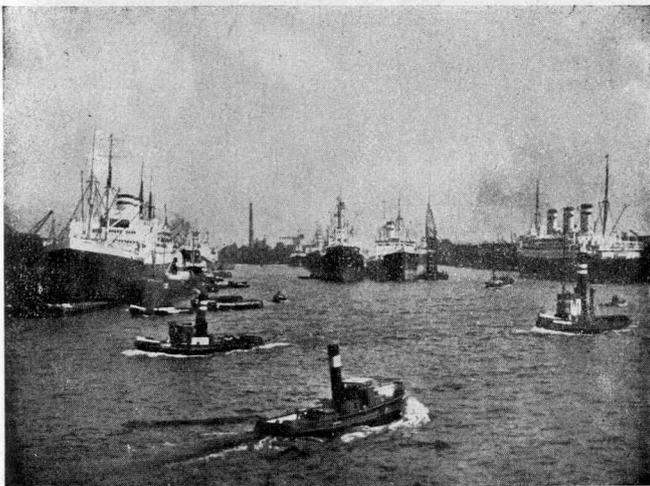
Vapor de Turbinas "Europa" en el puerto

son los representantes de una fuerza potente y avasalladora como por ahí se pregona. Sujetamos a las malletas unas etiquetas burdas de cartón con cuerdas para



Puerto de los barcos de vela

asirlas a los equipajes y las vemos resvalar por el plano inclinado de un tablón desde cubierta al muelle. Cien metros más allá y a la derecha flamean multitud de banderas y gallardetes polícromos de todas las naciones y matriculas marítimas del mundo; es un bosque de percal recortado y tremolante que parece hacernos guiños de atracción. Se trata de un gran tinglado de madera dividido en dos grandes compartimentos, uno el bazar, verdadero tenderete de mostradores, mesas y armarios donde lucen multitud de objetos, desde postales con los retratos de Lenin y de Stalin hasta iconos magníficos de Madonas pintadas sobre tablas y cobres, revestidas en sus ropajes por oro, plata y pedrería; camisas, gorros, naipes, pipas, wosca, telas, estatuillas de madera, escarapelas comunistas. Compramos media docena de ellas. Son lazos de seda roja brillante con un escudo en que aparece la rueda dentada, la estrella solitaria, la hoz segadora y el martillo forjador. El otro compartimento, también grande y espacioso, es la verdadera aduana. En sus enormes mostradores aparecen las maletas abiertas en canal mostrando sus entrañas de ropas, libros y la multitud de trebejos que al salir de viaje nos parecen necesarios y luego comprobamos que no sirven más que de estorbo. La aduana comunica con el bazar por una puerta que permanece cerrada hasta el momento en que se nos llama por nuestro



El puerto del emperador "Guillermo"

nombre para traspasar el umbral fiscalizador. Al salir del tinglado nos espera un Lincoln soberbio donde nos acomodamos para llegar a la ciudad a través de calles

empedradas. En el trayecto vemos muchas mujeres trabajando en la pavimentación de las calles y en el arreglo de las vías férreas de los muelles. Los postes para hilos telegráficos y telefónicos son de madera, las casas descuidadas, con fachadas sucias al igual que la gente de ambos sexos y diversas edades que camina por arroyos y aceras. En la mayoría de las fachadas faltan los cristales de las ventanas y balcones y en muchas de ellas se ven trozos de vidrios pegados con alguna substancia semejante al bálsamo de Canadá o resina dlamor para tajar los agujeros producidos por las balas en los días rojos.



Del muelle a Leningrado

En el largo camino recorrido no vemos tiendas apenas. Son las nueve de la mañana cuando llegamos a la plaza Vorovsky. Magnífica, espaciosa, rodeada de edificios soberbios y por donde pasa una doble vía de tranvías. Una fuente monumental en el centro rodeada de amplios jardines. Al fondo la grandiosa catedral de San Isaac con las cuatro fachadas iguales que recuerdan la de la Magdalena de París y a la derecha el Hotel Astoria donde nos hospedamos. A la derecha del vestíbulo están las oficinas de la Inturist donde nos facilitan unos tickets para pagar los servicios del restaurant. El hotel es magnífico, señorial y verdaderamente prócer; de la época de los zares, según puede apreciarse por las cifras grabadas en los servicios del comedor. Las habitaciones suntuosas, con cuarto de baño, teléfono tal como se puede observar en el Palace o en el Ritz más encopetado, pero todo deteriorado, sucio, sin orden ni concierto. En todos los armarios faltan las cerraduras y se observan señales inequívocas de que fueron violentadas en su día hace doce o trece años en los primeros tiempos del Soviet. ¡Si pudieran hablar aquellos muebles maltratados y aquellas paredes estucadas! Las ropas de la cama son limpias al parecer, pero viejas y rotas en infinidad de sitios. El jabón del lavabo es una pastilla diminuta como las que en España regalan las casas productoras, para muestra y anuncio, pero que ni limpia ni se disuelve.

A las diez, desayunamos en un comedor magnífico. Los camareros, como buenos orientales no tienen noción del tiempo y tardan un siglo en servirnos. Nosotros, que la tenemos cabal, perdemos en cambio la paciencia y mientras vienen los nuevos esclavos, que nó esclavos, perjeñamos estas líneas y a falta de fotografías que no hemos podido conseguir os mandamos esas cinco fotos de aguas hamburguesas y esa otra en donde aparezco detrás del parabrisas camino de Leningrado.

RICARDO ROYO VILLANOVA